



JUAN SEBASTIAN BACH.

(Segun el retrato al óleo de Hausmann, que se halla en la sala de música de la escuela de Tomás, en Leipzig.)

Ortundo de una familia ya de antiguo conocida por su disposición filarmónica, nació Sebastian el 31 de marzo en Eisenach (Alemania), donde su padre Ambrosio fué músico de cámara. A la edad de diez años perdió á su padre, y entonces se le llevó su hermano mayor, que era organista. Este le instruyó en los conocimientos del arte musical, hasta que á los cuatro años murió tambien este hermano, y nuestro Bach tuvo que buscarse en otra parte su vida, lo que halló en el coro del gimnasio de San Miguel, en Lüneburgo, desde donde halló medio de pasar á Hamburgo para oír al célebre organista Reincke. Desde este tiempo al año de 1708 desempeñó varias plazas de violonista y organista, hasta que recibió una invitacion para Weimar, como organista de cámara del duque, pues su creciente fama se había esparcido ya en toda la Alemania, y de todas partes le llegaban proposiciones. La amenidad de su actual posicion estimulaba de nuevo su celo, y aquí es donde adquirió la gran maestría en el órgano, en la

cual ninguno de sus contemporáneos ni sucesores en el mismo arte han podido alcanzarle ni menos sobrepuarle. Un nuevo estímulo le proporcionó su nombramiento de maestro de capilla del duque, verificado en 1714, con la obligacion de componer y ejecutar piezas de música sagrada. Alternativamente empleado de organista en varias capitales, fué por último nombrado director de música en Leipzig en el año de 1722, hasta que en el 28 de junio de 1750 le arrebató la muerte después de haber quedado ciego á consecuencia de sus muchos trabajos.

Si echamos una ojeada sobre la personalidad de Bach, hallaremos en él igualmente distinguido al hombre y al artista. Sus maneras agradables y su modestia, como tambien su honrado y franco carácter, le granjearon en sumo grado la amistad y benevolencia de sus contemporáneos, é igualmente con los demás artistas vivia en perfecta armonía. Como organista no halló rival, segun hemos dicho ya, y á

16 DE ABRIL DE 1834.

él se le debe el uso independiente del pedal, y en el arte de manejar los registros producía efectos increíbles. Además tocaba otros instrumentos de cuerda, como el violín, la viola; pero en lo que mas sobresalía era en la composición, habiendo compuesto un número fabuloso de piezas de música, de las cuales citaremos solo las mas célebres: en una visita á Berlin compuso su célebre fuga, llamada *el sacrificio musical*, para el cual le dió el tema el mismo rey de Prusia Federico II; cantatas y piezas de música sagrada para todos los domingos y días de fiesta durante cinco años, esto es, mas de 300 números; luego 5 oratorios, unas 20 cantatas de ocasion, un gran número de motetes, 10 misas, 5 grandes composiciones de la pasión, piezas de piano y órgano, entre las cuales es la mas célebre la llamada *el piano bien templado*, que contiene 48 preludios y fugas, y por último 6 sonatas para piano y violín.

FOR TI.

NOVELA ORIGINAL.

(Aprobada por el censor.)

CAPÍTULO PRIMERO.

UNA CONVERSACION COMM'IL FAUT, Y LO DEMÁS QUE VERÁ EL CURIOSO LECTOR.

—¡*Diabolo!* ¡*diabolo!* para subir á tu habitación se necesita mas valor que para apoderarse de una batería. ¿Cómo te se ha ocurrido irte á vivir junto á los dioses del Olimpo?

—¿Qué quieres, Arturo! no todos somos capitalistas como tú, y podemos obrar siempre segun nos acomoda.

—¡Oh *mió caro!* esas son excusas y no mas; porque si atribuyes á falta de dinero el habitar esta miserable buhardilla, ya sabes que mi bolsa es siempre de mis amigos, y creo que tú te puedes contar entre estos.

—Ya lo sé, y te agradezco tus intenciones; pero ya sabes que los poetas buenos y malos tenemos orgullo en la pobreza, y no habrás olvidado mis pretensiones literarias.

—No por cierto. Y á propósito, ¿qué es lo que escribes? ¿no has publicado nada? Haces mal; yo en tu caso haría mi *debut* en el mundo literario con un drama romántico de grande espectáculo en seis actos y veinte cuadros, con variedad de metros, y...

—Basta, basta, amigo; en materias de corridas de caballos, de bailes y bailarinas, puedes hablar con conocimiento de causa; en literatura... vas á hacer *fiasco*, y no lo puedo permitir.

—Yo, que tuteo á Zorrilla y á García Gutierrez; que conozco á todas las modernas lumbreras de las letras españolas; que hablo en el taller de Esquivel y de Madrazo de diafanidad de tintas, de composición y colorido; que en el teatro del Circo doy la mano al empresario, y el brazo á la Fuoco y á la Guy, ¿no he de estar enterado de literatura y bellas artes? Desengáñate, *mon cher ami*, el negar mi voto en estas materias es lo mismo que negar que los astrólogos adivinan el porvenir.

—Siempre tienes un humor original, y es una fortuna para ti y para los que estan á tu lado.

—*El mundo comedia es*, y lo mejor que puede uno hacer es reir y no pensar. Pero veo muchos papeles sobre esa mesa, y abusando de tu amistad, voy á enterarme de su contenido.

Arturo se puso á hojear todos los escritos; poco después, volviéndose á su amigo, exclamó riéndose:

—¡Ah! ¡ah! tú estás enamorado. No lo extraño; eres poeta, *voilà loco*. ¿A que has encontrado una celestial criatura, un ángel de belleza, que

es una perla escondida
entre las algas del mar,

¿quien adoras con todo tu corazón, y de quien eres correspondido con igual ternura?

—Que hayas hallado algunas palabras de amor entre mis papeles, nada prueba; serán capítulos sueltos de alguna novela ú otro escrito de este género.

—Mucho podría contestarte, Salvador, á lo que has dicho; pero quiero apelar á tu franqueza: y cuenta que el no decir la verdad es indigno de un *gentleman* castellano, que presume poseer las virtudes de los paladines de la *moyen age*.

—Y bien, nada tendría de particular que fueran ciertas tus suposiciones.

—Eso lo acabo de decir yo. ¿No quieres confesar tus amores? Cá-

llalos en buen hora. Muy feliz serás cuando ocultas en el fondo de tu pecho la pasión que te consume; pero recuerda bien estas palabras: conservar el cariño de una mujer es tan difícil como aprisionar entre los dedos el agua de un impetuoso torrente.

—Muy desesperadas son tus ideas.

—Son hijas del desengaño; para mí en el mundo moral nada hay cierto; amistad y odio, sabiduría é ignorancia, son palabras sinónimas que nada dicen ni significan. Siento haber venido á este terreno, porque temo que el *spleen* se apodere de mi espíritu; así pues te dejo; voy á dar el pésame á una señora por la muerte de su marido, acontecimiento que estoy seguro que mas la sirve de satisfacción que de sentimiento, y después á charlar un poco con mis amigos de la brillante *soirée* de la condesa de X***. Adios, Salvador, te deseo felicidad en tus amorosas empresas.

—Adios, Arturo, y cuando vuelvas á verme no hables de la manera que hoy lo has hecho, porque tus palabras marchitarán mis ilusiones; soy poeta, ó pretendo serlo, y un poeta sin ilusiones es una flor inodora, es un cristal sin transparencia.

Tenia lugar la conversacion que dejamos transcrita en una pequeña habitación de la calle del Clavel, de la muy heroica y coronada villa de Madrid. La descripción del cuarto merece párrafo aparte y la competente licencia de la bella lectora ó amable lector que á este punto de nuestra narracion llegare.

Era una sala rectangular de diez y seis piés de longitud por catorce de latitud; en una de sus paredes mas largas habia dos puertas, la una que servia de entrada, y la otra que daba paso á una alcoba modestamente ahijada. En el centro del lienzo de pared frontero al que hemos mencionado habia un balcon en el cual se veian varios tiestos y macetas de hermosas y exóticas flores. Tanto este balcon como las puertas estaban adornadas de colgaduras y pabellones de damasco verde, que en sus primeros tiempos, por su riqueza y buen gusto, podian haber figurado en una morada régia, pero que en la actualidad daban claras muestras de que todo envejece en este picaro mundo. Dos estantes llenos de libros de literatura, novelas y poesías, un sillón en medio con una mesa de estudio delante, sobre la cual se veian confundidos multitud de periódicos, manuscritos y cartas, ocupaban uno de los costados de la habitación; en el otro varias sillas de nogal con asiento de terciopelo negro, compañeras en antigüedad de las colgaduras y pabellones, llenaban la parte inferior, y en el centro habia colgada una panoplia en la cual estaban simétricamente arreglados varios floretes, sables y pistolas.

Entre las dos puertas de que dejamos hecha mencion, habia un singular cuadro en que felizmente para Salvador no reparó su descreído amigo Arturo. Una gasa blanca como el ampo de la nieve impedia el examen de aquella misteriosa pintura. Nosotros, á fuer de minuciosos historiadores, atravesaremos con el pensamiento este levisimo estorbo, y diremos lo que detrás de él se ocultaba. Era un pequeño paisaje que representaba unas gigantescas montañas, un ave de especie desconocida atravesaba el espacio salvando las mas elevadas cumbres y volando con rapidez hacia un confuso y lejano horizonte que en lontananza se distinguia; por bajo habia escrito con caracteres dorados estas sencillas palabras: Por tí. ¿Qué queria decir esta breve inscripcion? Tal vez encerraba un mundo de recuerdos, tal vez era solo un capricho de poeta.

CAPÍTULO II.

LAS CALLES DE MADRID, LA IGLESIA DE SAN LUIS Y CIERTOS ENSUEÑOS DE LA PRIMAVERA DE LA VIDA.

Madrid, á las seis de la tarde de un hermoso día de junio del año de 184... era un cuadro que suministraría largas páginas á la observadora pluma del Curioso Parlante, y que inspiraría no pocos sarcásticos pensamientos al mologrado autor de *El Doncel de don Enrique el Doliente*.

Todo es animacion y bullicio. Los tenderos quitan las cortinas que durante la mañana les han librado de los ardorosos rayos del astro del día, y riegan la parte de acera que ocupan sus puertas, no sin grave daño de los elegantes vestidos de las señoras que á los paseos se dirigen. Multitud de coches de varias formas y magnitudes se cruzan en todos sentidos y direcciones. Mirad aquel ligero tiburí, ocupado por un joven cuyos grandes y expresivos ojos destellan orgullo y dignidad; preguntadle cómo ha cambiado el roto frac de pretendiente por ese lujo fastuoso, y le vereis palidecer y callar. ¡Misterios de la corte!

Mas allá se ve una aristocrática carretela; dos arrogantes yeguas de Mecklemburgo forman el tiro; los lacayos visten librea azul celeste, y en sus blasonados cuellos se distinguen las armas de los duques de R... La encantadora Enriqueta ocupa el interior del carruaje acompañada de su mamá y de su futuro esposo el fituo hijo del marqués de Florverde. A estos carruajes sigue el modesto landó del médico, el charolado *tres por ciento* del bolsista, el antiquísimo y proverbial si-

mon, y por último el popular coche de colleras, cuyos sonoros casca-
beles y campanillas parece que nos gritan: ¡á los toros! ¡á los toros!

Multitud de amazonas y ginetes, montados los unos segun el airoso
figurin de los hijos de Albion, y los otros siguiendo la atrasada escuela
que usaron nuestros abuelos, caracolean y lucen su habilidad hipica,
causando no pocos sustos á alguna vieja contemporánea de Godoy.

Se abren las persianas de los balcones, y aparece algun pacífico
ciudadano que se frota los ojos en señal de que acaba de dormir la
siesta, ó alguna muchacha de pocos años, pero de muchos encantos,
que dirige sus miradas á cierta esquina á ver si su amartelado Adonis
está ya en espera, hacerse después el encontradizo cuando salga con
su familia, y de este modo, entre los pintorescos paseos del Buen-Retiro
ó en el confuso gentio del Salon del Prado entablar una de esas con-
versaciones que forman nuestra dicha cuando tenemos diez y ocho
años, nuestro entretenimiento á los veintiseis, y que á los treinta
y cuatro nos hastian.

Y sin embargo de que tan mundanos pensamientos ocupaban la
mente de los habitantes de Madrid, no faltaba, no, quien mas religioso
ó acaso mas desgraciado, penetraba en uno de los templos del Altí-
simo y consagraba un recuerdo al autor de la creacion.

La iglesia de San Luis estaba abierta. Un jóven atraviesa el cancel
y penetra en su interior. A la incierta luz de una lámpara podemos
reconocer á nuestro Salvador de Lazan. Detiénese enfrente de una
capilla, apóyase en la verja, y dirige sus miradas por todo el ámbito del
templo. Alguna que otra persona oraba puesta de rodillas con religioso
fervor; ni el mas leve ruido llegaba á los oídos de nuestro héroe. Aquel
silencio, aquella soledad, tenían algo de misterioso, algo de sublime.
Salvador se conmovió hondamente con una de esas sensaciones in-
ternas que á manera del magnetismo estremecen nuestra naturaleza
hasta sus últimas ocultas fibras. Entonces elevó sus ojos al cielo y for-
muló en su corazon una de esas oraciones que no bastarian largas pá-
ginas para expresar, y que sin embargo quedan dichas con una sola
palabra que pronuncien nuestros labios. Esta palabra encierra nues-
tras esperanzas y nuestros deseos, nuestras creencias y nuestros des-
engaños.

Pocos momentos después se hallaba en la calle. Atravesó con li-
gero paso la Puerta del Sol, tomó la Carrera de San Gerónimo, y des-
pués de cruzar tres ó cuatro calles mas, dió fondo en un piso segundo
de cierta casa cuyas señas callamos por razones que sería prolijo enu-
merar.

Sentada lánguidamente en un mullido sofá, se ve una jóven de
quince á diez y seis años. Rubio y sedoso el cabello, cae formando bu-
cles que adornan el ovalado contorno de su bellísima fisonomía. Sus
claros y serenos ojos azules destellan miradas tiernas y melancólicas
como el recuerdo del placer perdido; en su pequeña boca, ligeramente
plegada, se nota un sello de bondadosa dulzura imposible de desco-
nocer. Su niveo cutis, su menudo pié, su esbello talle, su torneada y
aristocrática mano completan sus encantos. Pura, fantástica, hechic-
era, parece una virgen del Norte, una vagorosa evocacion de la hada
de los lagos; falta un Walter-Scott que la describa dignamente.

Dos ó tres veces ha vuelto la cabeza con muestras de infantil des-
agrado. Por último se abre la puerta de la sala y aparece un criado
anunciando al señor don Salvador de Lazan.

—Te esperaba con impaciencia, dice la jóven tendiendo la mano á
Lazan; temia que hoy que estoy sola tuvieses alguna ocupacion que
te impidiese venir.

—¿Y á qué debo el placer de poderte hablar con libertad?

—Mi mamá ha salido á dos ó tres visitas, y he logrado escusarme
de acompañarla diciendo que estoy indispueta. Tu amor me hace ser
mentirosa.

—Y á mí el tuyo, Fanny, me hace el mas feliz de los mortales.

—¿Engañoso, qué bien finges un cariño que no me tienes!

—¡Que no te quiero, bien mio! Mira: por tí paso las noches en vela
sobre un antiguo y carcomido volúmen; por tí trabajo y escribo; tu re-
trato está repetido en todas mis novelas, en todas mis obras, y quan-
do la fatiga y el cansancio cierran mis párpados, fijo mi vista en un
pequeño cuadro que hay en mi gabinete, y representa un ave que
atraviesa el espacio en direccion de un lejano horizonte; debajo hay
escritas estas sencillas frases: *Por tí*. Aquella inscripcion me da nue-
vo vigor, y emprendo mi suspendida ocupacion.

—Te creo, Salvador mio; sé muy bien que me amas; si llegase á
pensar lo contrario sería muy desgraciada.

Y al decir esto una lágrima brilló en la mejilla de la linda niña:
Lazan tomó una de sus manos, é imprimiendo en ella un ardiente beso
esclamó con creciente entusiasmo:

—Sí, sí, Fanny, te adoro, te idolatro; mi amor es infinito, puro,
como inspirado por un ángel, por un ángel de belleza. ¡Ah! ¡pluguie-
se al cielo que pudieras ver hasta el fondo de mi alma, y contemplar

hasta dónde llega mi pasion: entonces me amarias, porque es imposi-
ble que permanecieses indiferente á la inmensa ternura que por tí
siento. Si me pidieses el sacrificio de mi vida, te lo concedería gustoso,
porque á tí nada puedo negarte.

La jóven escuchaba con placentera sonrisa las apasionadas frases
de Salvador; por último contestó con acento tierno y vibrante:

—Amigo mio, ya sabes los obstáculos que se oponen á nuestra
union; la mayor prueba que puedes darme de cariño es vencerlos
pronto, pues en tu mano está.

—Sí, amada mia, redoblaré mis esfuerzos, te lo juro. Laura inspiró
al Petrarca sus fáciles y armoniosos versos. Torcuato Tasso escribió su
Jerusalén pensando en la bella Leonor de Este; pues bien, yo pensaré
en la encantadora Fanny, y si no acierto á espresar tan sublimes con-
ceptos como aquellos celebrados ingenios, por lo menos todo lo
bello que en mis composiciones se advierta, será debido á tí; los de-
fectos serán míos.

—Mira, Salvador, cuán dulce es el porvenir que nos espera. Unidos
cruzaremos este mundo fálaz y engañoso; tus penas serán mías, mis
alegrías tuyas; jamás la mas ligera nube oscurecerá el cielo de nues-
tra felicidad; tú serás siempre el hombre de corazon noble y franco,
que mil veces soñé en mis ilusorios desvarios; yo la débil mujer desti-
nada á sostener la cabeza del poeta, agobiada bajo el peso de mil
dolorosos desengaños.

—¡Ah! no me embriagues con doradas ilusiones, que por desgra-
cia estan lejos de la realidad. ¿Mas qué digo? ¿Por qué desconfiar?
Tal vez no esté lejano el día en que pueda llamarte mia. Y al decir
esto Salvador estrechó con efusion las manos de su amada.

¿Mas qué mucho? Era esa hora media entre la noche y el día, hora
poética y misteriosa, vaga y melancólica. Los balcones de la habita-
cion estaban abiertos, y varias flores que en ellos se veian embalsa-
maban el ambiente con sus gratos suavisimos perfumes.

Después de mil y mil protestas y juramentos se separaron nuestros
dos felices amantes. ¡Afortunados seres cuyos vírgenes pensamientos
les presenta el amor como el término de la dicha humana. ¡Quiera el
cielo que no se rompa jamás el brillante prisma de vuestros fantásticos
ensueños!

CAPÍTULO III.

EN QUE SE HABLA UN POCO DE AMOR Y DE LITERATURA.

¿Sabeis lo que se llama amor en el siglo XIX? Pues bien, vamos
á esplicarlo. Suponed un jóven barbiraso, fátuo en grado heróico y
eminente, y vestido segun el último figurin venido de la ciudad que
baña el Támesis ó el Sena; nuestro héroe asiste á un baile dado por
la condesa de M... ó la baronesa de H... ve á una de esas niñas que
tanto abundan en la sociedad madrileña, que á los quince años han
escuchado cincuenta declaraciones, y que á los veinte... pero deten-
gamos nuestra pluma, pues marchamos por un terreno asaz resbaladi-
zo. Bailan juntos una redowa la caudorosa doncella y el emprendedor
mancebo; bien pronto se entabla una de esas conversaciones que por
antonomasia se llaman interesantes; el uno habla por pasar el tiempo,
la otra escucha por especulacion, coquetismo ú otras causas que ca-
llamos. Estas relaciones duran una semana, un mes, acaso mas; des-
pués, unas veces sin causa, otras el mas leve disgusto, viene á mar-
chitar y dar muerte á las tempranas flores que comenzaban á brotar
en el pensil de los amores.

Así pues, si dijésemos que Salvador de Lazan estaba locamente
enamorado de Fanny, no faltaria algun lector que viese en nuestras
palabras uno de esos amores sociales que hemos intentado describir.
Para evitar este error daremos algunos antecedentes acerca de los dos
personajes que figuran en primer término en esta verídica historia.

Fanny de Mendoza era buérfana de padre; este al morir habia de-
jado algunos bienes, lo cual unido á la viudedad que correspondia á su
mujer por varios destinos diplomáticos que habia desempeñado, per-
mitian cierta holgura á la familia de la linda jóven. Salvador de Lazan
habia conocido ó la habia amado con ese frenesí que solo se siente una
vez, con ese cariño que diviniza al objeto amado y le rinde mas que
adoracion idolatría.

Una experiencia sobrado dolorosa nos ha convencido de una ama-
ra-ga verdad, que vamos á consignar, siquiera se nos tache de pesados
y difusos narradores. Parece que Dios ha colocado una cantidad dada
de ternura en dos corazones que se aman; de este modo cuando en-
cierra el uno mil tesoros de pura y ardorosa pasion, hállase el otro frio
é indiferente á sus amorosos trasportes. Fanny y Salvador eran una
escepcion de lo que acabamos de decir; adorábanse con ese amor que
ha hecho esclamar al autor de Sancho Saldaña:

¡Oh llama santa! ¡celestial consuelo,
Sentimiento purísimo! memoria
Acaso triste de un perdido cielo!
¡Quizá esperanza de futura gloria!

Sin embargo, grandes obstáculos se oponían á la union de los jóvenes amantes. Salvador no tenía ninguna carrera ni bienes de fortuna. Empero no por esto se abatió su espíritu; tenía fé y entusiasmo, y con estas palabras creíase capaz de conmover el mundo entero. Dedicóse á la literatura. Bien pronto apareció su nombre en todos los periódicos de mayor valer de aquellos días; mas esto no le proporcionaba sino un medio de subsistir estrechamente é innumerables felicitaciones. En las altas horas de la noche velaba en su habitación nuestro héroe: su pluma corría sobre el papel, ora con asombrosa rapidez, ora tarda y perezosamente. ¡Cuántas ideas asaltaban á su imaginación en aquellas vigiliás dulces al par que melancólicas! Llegaba á sus oídos el estrepitoso rodar del coche del ministro, que se dirigía á palacio ó á reunirse con sus compañeros para deliberar acerca de la votación perdida aquella mañana en el Congreso, ó sobre las últimas noticias venidas de Inglaterra ó de Francia, de Rusia ó de Turquía. Después todo quedaba en silencio; venía á interrumpirle el agorero aullido del perro que columbraba el odiado farolillo del trapero, y el sonoro grito del sereno que cantaba acompasadamente: las



(¿Wibg ó Tory? Ciudadano.)

tres y nublado! ¡Qué varias sensaciones experimentaba el alma de Salvador! Asistía á las discusiones de los consejeros de la corona; creía ver el romántico puñal de la edad media amenazando el pecho del noble paladín que atravesaba la campiña confiado en la protección de su Dios, de su dama y de su brazo; y después descendiendo á pensamientos más verdaderos y exactos, consideraba que en esas horas se fraguan las jugadas de bolsa sobre seguro, los nombramientos sin méritos del agraciado, las contratas sin subasta, y otros cien manejos que prueban hasta la evidencia la acendrada moralidad del siglo en que vivimos.

Tal vez cansado un momento cesaba en su trabajo, pero bien pronto lo emprendía de nuevo. ¡Es tan dulce dedicar nuestras acciones á un objeto amado! Salvador consagraba su pensamiento á Fanny, porque en Fanny encontraba el bello ideal de la mujer que todo poeta forma en esos deliciosos ensueños en que el espíritu triunfa de la materia, en que el corazón manda y la cabeza obedece, en que el cielo permite que una chispa sagrada alumbre en nuestra débil y menguada razón. Si, Fanny reunía la amabilidad de un ángel y el candor de

una virgen, un corazón puro, tierno y ardiente y un talento claro y despejado, dotado de ese instinto de lo bello y de lo justo tan poco común como mal apreciado. Si copiar los encantos de su rostro sería harto difícil al pincel de Murillo ó Rafael, el manifestar todas las perfecciones de su alma fuera tarea de todo punto imposible aun á mejor cortada pluma que la que escribe estos renglones.

El tiempo pasaba velozmente. Los primeros deseados laureles comenzaban á ceñir la frente de Salvador. Aconsejaronle sus amigos que se dedicase al ingrato afán de la política como medio de llegar a la cumbre de la cortesana fortuna: empero Salvador tenía un ánimo sobrado noble y altivo para vender su pluma á ningún gobierno ni ambiciosa bandería. Escribió, sí; mas sus artículos francos é independientes atrajeronle la animadversión de todos los partidos; y no pocas veces tuvo que mantener espada en mano sus asertos y sus creencias. ¡Inconvenientes de decir la verdad en el siglo de la libertad de imprenta!

Sin embargo, la fama literaria de Lazan había llegado á ese punto en que los autores y editores regalan un ejemplar de sus obras, en que el empresario de teatros envía un billete del drama nuevo próximo á representarse, y el novel bardo, futuro competidor de Rioja ó de Ercilla, pide como inestimable favor cuatro líneas de prólogo para colocar al frente de sus primeras poesías. Su reconocido valor, notoria independencia y vida un tanto escéntrica, dábanle un distinguido lugar en la sociedad madrileña, de suyo novelera y un tanto chismosa.

Arrullado por el aura de los sonoros aplausos, amante correspondido de una celestial criatura, ¡cuán dulce y prontamente corrían los días de nuestro héroe! En las plácidas tranquilas noches del verano, sentado junto á Fanny se deslizaban las horas con esa maravillosa rapidez que mas de una vez nos ha hecho creer que,

siglos dura el sufrimiento
y minutos el placer.

¡Ah! porque no podremos describir según se nos presenta aquellas tiernas y apasionadas escenas en que el poeta reclinaba su cabeza entre las marfileas manos de la virgen que embebecida en esas palabras que pronuncian los labios sin formular la cabeza, esos proyectos de amor sin celos, de confianzas sin recriminaciones, de... ¡Pero por qué recargar nuestro relato? Aquel que haya amado y sentido comprenderá nuestras ideas; el que no, vanamente leerá nuestras frases, que ni acertará á explicar ni á entender.

CAPÍTULO IV.

EN QUE SE HACE VER LOS INCONVENIENTES DE PRONUNCIAR NOMBRES PROPIOS EN LOS CAFÉS Y DELANTE DE DESCONOCIDOS.

En la renombrada calle de Alcalá, esquina á la de Peligros, hay una casa de moderna y elegante construcción, cuya planta inferior ocupa un establecimiento que tiene sobre sus puertas la siguiente inscripción, que copiamos literalmente: CAFÉ SUIZO DE MATOSI, FANCONI Y COMPAÑIA. Aquí conduciremos al lector á las ocho de la noche de un lluvioso día de diciembre, y dirigiendo una mirada á nuestro alrededor, veremos un local adornado con lujo y gusto, y una concurrencia habladora como una dueña de Quevedo, y afrancesada como una traducción barcelonesa. No tardaremos en distinguir al lado de una mesa á nuestros antiguos conocidos Arturo de Ulloa y Salvador de Lazan. En aquel momento decía el primero con cierta sarcástica sonrisa estas palabras de amistosa reconvencción:

—¿Conque al fin te casas, te hundes? Tú, el poeta escéntrico, el novelista caballeresco, querido de *jeunes filles* y mirado con envidia de los *leónis* y *dandys*.

—Si tú amaras como yo, y estuvieses en mi caso, harías lo que yo.

—No á fé: ¿sabes el porvenir *charmante* del matrimonio? Perder la libertad de asistir á los *eclatantes raouts* sin cuidado ninguno, tener en su casa un batallón de nodrizas y de *petits enfants*, y tal vez, y sin tal vez, sufrir las malignas murmuraciones de las personas de buen tono. Esto si tu mujer no es amiga de bailes, costosos trajes y galanteos; porque si tal sucediese, valierate mas no haber nacido. Y cuenta que la inmensa mayoría de las hijas de Eva adolecen de los defectos que dejo indicados, y de otros que caño porque no digo.

—Y di, contestó Salvador con sin igual entusiasmo, ¿comprendes los inefables goces de vivir siempre al lado de una persona amada, de aspirar su embalsamado aliento, de beber en sus purpúreos labios el primer virginal beso, de sentir, pensar y obrar como ella siente, piensa y obra?

—Mira, déjate de delirios. *Per troppo variar natura è bella*, por lo cual para seguir esta máxima, voy á emprender un viaje; vente conmigo: visitaremos el bullicioso París y admiraremos el *esprit* francés; atravesaremos la Inglaterra, y oiremos cantar el *God save the king*;

tal vez lleguemos á la vieja Alemania, cuyos *chateaux* de campo encierran tantas leyendas del género *schwarmerisch*; recorreremos despues la patria de Ariosto y Miguel Angel, y cuando volvamos la echaremos de *dilettantes*, y hablaremos *sotto voce* de spartitos y *tessitura*, prodigando *bravos* á diestro y siniestro.

A este punto llegaban de su conversacion Salvador y su poliglota amigo, cuando fueron interrumpidos por dos caballeros jóvenes, que tomando sillas fueron á sentarse sin mas ceremonia alrededor de la mesa.

—Querido Arturo, exclamó el uno, vengo arruinado; acabo de perder en el *ecarté* diez y ocho onzas en menos de dos horas.

—*Disgraciado in juoco, felice in amore*, respondió Arturo.

—Es cierto, añadió el otro recién venido, nuestro buen Federico me venia contando su última conquista, y á fé que tiene motivo de estar satisfecho.

—Exageras, Rafael: una niña de diez y siete primaveras es muy fácil de enloquecer, y su mérito no es gran cosa. Si fuera la inocente Emilia, que despues de veinte años de galanteos vino á caer en mis manos; de la seductora Concha de Valleumbrio, cuyo marido pretende tener ojos de Argos, y sin embargo...

—No prosigas, dijo Arturo con jovialidad, porque vas á quitar el honor á todo el bello sexo madrileño; dime quien es la *joli* muchacha que ha indicado Rafael.

No es historia larga. La vi por primera vez en el *matinée* musical de la señora de Santorcz: su peinado en *bandeaux* y la elegancia de su traje de fantasía, *gro-moore* kaña, me arrebataron un momento; me declaré; fui bien contestado; al segundo dia obtuve una cita de dia, y al tercero fué de noche.

Una carcajada de Arturo y Rafael vino á terminar las frases de Federico. Este continuó:

—Tal es, señores, el fiel relato de mis relaciones con la encantadora Fanny de Mendoza.

(Continuará.)

FERRIZ VILLEDA.

¿WIGH Ó TORY? CIUDADANO.

La derrota de Culloden, la fuga del pretendiente, y la inaccion en que permanecia este desde su regreso á Francia, eran para los partidarios de los Estuardos otros tantos motivos de pesar, pero no de desesperacion. Doce años trascurridos sin tentativas de ninguna especie, y en cuyo tiempo la casa de Brunswick se habia afirmado mas y mas en el trono, no habian bastado aun para destruir enteramente sus ilusiones. Solamente que en las baterias asestadas contra la raza usurpadora, á falta de cañones, hacian uso de la intriga: á pesar de no ser mortífera esta manera de combatir, no dejaba de producir malos resultados, y mas de una vez habia entorpecido gravemente la marcha del gobierno. Jorge, á quien no se le proporcionaba la ocasion de una batalla campal para concluir de una vez con la agresion de sus enemigos, trató de vencerlos separadamente, y para conseguirlo recurrió á las armas de la seducccion.

Pero lo mismo que todos los partidos, el de los Estuardos se componia de algunos jefes honrados y fieles á sus principios, y de una gran porcion de ambiciosos oscuros, de intrigantes subalternos, de hombres perdidos y llenos de deudas, de descontentos de todas clases, de hombres, en fin, que no teniendo nada que perder, podian ganar mucho en un cambio de situacion. Los primeros no eran hombres que sacrificaban sus convicciones por recompensa de ninguna especie: todas las caricias y halagos que se les hacian eran perdidos ó infructuosos. En cuanto á los últimos, prontos siempre á entregarse al que mas diera, hubiera bastado hacerles muchas promesas y cumplir algunas para atraerlos á cualquier partido; pero su número era harto considerable, y su valor individual demasiado ínfimo para que este medio fuera puesto en práctica por un gobierno celoso por su honor.

Sir Eduardo Melvil era uno de los jefes mas jóvenes y caballeroscos del partido de los Estuardos. Su importancia, justificada por cualidades brillantes, habia llamado frecuentemente la atencion de los hombres que empuñaban las riendas del estado; pero todos los manejos seductores de la coquetería gubernamental se habian estrellado ante la firmeza y lealtad de su carácter. No se le podía acusar de ser un conspirador oculto y tenebroso; sus conferencias eran partidas de caza; sus luchas carreras de caballos; sus indicaciones políticas brindis mas ó menos simbólicos; cifraba su orgullo por ejemplo en matar la mejor res en una cacería, en sostener la apuesta mas enorme, en dar el *banquete* mas espléndido; los periódicos *torys* estaban llenos de noticias que referian la certera puntería de sus tiros, las cantidades que habia perdido ó ganado, la calidad fastuosa de los manjares y vinos prodigados en sus fiestas gastronómicas. Esta manera de manejar

la política tenia muchos atractivos, y le habia valido una corte numerosa, compuesta de *gentlemen* arruinados, á quienes sus liberalidades consolaban de los rigores del juego ó de la devoradora avidez de las mujeres; habia tambien en ella algunos poetas oscuros, furiosos por el poco éxito y celebridad de sus obras, y quienes hallaban mucho mas natural atribuir la indiferencia del público á su propia ignorancia que al *poco mérito* de sus versos.

Eduardo se paseaba un día á caballo en los alrededores de Londres con uno de sus inseparables. El tiempo era magnífico; la atmósfera se hallaba completamente despejada de niebla; el cielo estaba puro y sereno, y los rayos del sol aumentaban el brillo y la hermosura de aquellas praderas que son el orgullo del cultivador inglés. Imposible hubiera sido al hombre mas melancólico sustraerse á la influencia benéfica de aquella fisonomía risueña y animada que tenia la naturaleza. Una idea loca cruzó la imaginacion de Eduardo.

—Jaime, le dijo á su compañero, te propongo una *carrera de campanario*.

—Acepto.



(¿Wigh ó Tory? Ciudadano.)

—Apuesto cien libras.

—La sostengo. ¿Cuál ha de ser el término?

Eduardo estendió el brazo derecho y señaló la veleta de una torre que se destacaba en el horizonte en el color azul del cielo, detrás de una espesura de árboles.

—¡Diablo! dijo Jaime, la torre que me enseñas nos anuncia algun castillo cuyo dueño podrá tener tal vez la osadía de decirte que no estás aquí en tus posesiones.

—No aceptas, cobarde?

—Nunca lo soy: acepto.

Y los dos ginetes, asegurándose en las sillas, se abandonaron al ardor de los caballos, cuya emulacion contenida hasta entonces, no necesitaba estímulo de ningun género.

Jaime aceptó pues; pero esto no era suficiente para ganar la apuesta: era menester que no se parase en el camino. Pero un malhadado barranco se cruzó en su carrera, y habiendo tenido á bien su caballo desembarazarse de su peso al saltarle, tuvo que hacer un alto forzoso en la alfombra de yerba mas suave y blanda que puede imaginarse.

El fogoso bruto, á quien esta primera escapada habia agradado sobremanera, empezó entonces á dar coes y saltos por la pradera de una manera muy graciosa y divertida, tanto que Jaime, después de haberse asegurado de no haber recibido lesion alguna, quiso cogerle; pero fué en balde, y durante un cuarto de hora caballo y jinete parecieron jugar á las cuatro esquinas.

Mientras esto pasaba, Eduardo, que no habia reparado en la aventura de su competidor, seguia victoriosamente su carrera, y saltaba con la mayor gracia y soltura los barrancos, barreras y demás obstáculos que se le oponian en los accidentes del terreno. Se aproximaba rápidamente al término que habian fijado, y se desarrollaba majestuosamente la fachada del castillo á la distancia de media milla.

Dos hombres, el amo y un criado, montaban á caballo en aquel momento delante de la puerta principal; sus miradas se fijaron con sorpresa sobre aquel desconocido que parecia no tener ni la mas minima idea del respeto debido á la propiedad ajena. Pero si la primera impresion fué de cólera, la segunda fué de admiracion. Habia efectivamente en el aire del caballo y en la sangre fria del jinete motivos suficientes para escitar el entusiasmo de un inteligente.

Eduardo llegó sin obstáculo al término, y volviéndose para medir con la vista la distancia que habia atravesado y la que le separaba de su competidor, vió al infortunado Jaime entregándose al ejercicio saludable y recreativo que hemos descrito arriba. Este espectáculo promovió en el vencedor un acceso de hilaridad tan franco y contagioso, que los dos jinetes correspondieron con una carcajada no menos ruidosa y prolongada. Eduardo vió entonces que no estaba solo, y aproximándose al dueño del castillo le saludó con la mayor cortesania, y le rogó que le dispensara su proceder imprudente.

—Yo soy, caballero, contestó este, quien os debe dar las gracias por el placer que me habeis proporcionado. No habia visto aun reunidos en un jinete tanto atrevimiento y sangre fria, y si no temiera cometer una indiscrecion, manifestaria el deseo que tengo de saber el nombre del apuesto caballero que ha sabido grangearse en un momento todas mis simpatias.

—Me llamo Melvil, dijo Eduardo inclinándose.

Hubo entonces un momento de silencio: el nombre de Melvil parecia haber hecho mucha impresion en el dueño del castillo; pero pronto sucedió que su fisonomia tomó un aspecto mas franco y abierto, y que á la ceremoniosa política se unió la afabilidad propia de un hombre que quiere ganar un partidario ó un amigo.

Después de varios cumplimientos dichos por ambas partes con tanta finura como buen gusto, el dueño del castillo propuso un paseo, que fué aceptado por Eduardo con el mayor placer, y convinieron en que entre tanto iria el criado á prestar ayuda al pobre Jaime, que apuraba, sin ningun resultado, todos los recursos de la sabia teoria de las marchas y contramarchas, para capturar á su jovial y burlona montura.

El dueño del castillo tenia próximamente la edad de Eduardo, y contaba aun al parecer dos ó tres años menos; pero habia en su conversacion una delicadeza esquisita; nada ofensivo en lo concerniente á la política; un espíritu dominante de conciliacion cuando no estaba de acuerdo con su interlocutor; ni una palabra que pudiera ser desfavorablemente interpretada; y un deseo evidente de complacer. Eduardo estaba contentísimo, y á pocas palabras que hubiera adelantado su amable *Cicerone*, hubiera cambiado con él de muy buena gana un juramento inviolable de amistad.

—Por muy incansable que seais, dijo al fin este, supongo, sir Melvil, que una proposicion de mi parte no os pareceria completamente desprovista del mérito de la oportunidad, siempre que tuviera por objeto el proporcionaros, al abrigo del sol, un asiento mas blando que la silla de vuestro caballo; aceptad hasta la tarde la hospitalidad que os ofrezco cordialmente.

—Confieso francamente, contestó Eduardo, que esa proposicion no merece una acogida desdeñosa: sin embargo, aprovecharé gustoso esta ocasion para averiguar el nombre del que me dirige un convite tan amable.

—Me llamo Jorge, principe de Gales.

Eduardo paró su caballo al momento; su fisonomia, de franca y risueña que era, se tornó grave, y su ademan cortado manifestaba bien á las claras la embarazosa situacion en que se hallaba.

—Sir Melvil, prosiguió el principe con la sonrisa en los labios, en el terreno de la política somos enemigos; pero aquí solo hay dos caballeros amigos de placeres, que disfrutan juntos algunos momentos de distraccion, y que conservan la libertad, despues de separarse, de ser enenigos irreconciliables.

—Señor, tanta bondad y finura me confunden; pero me debo todo á mi partido; aceptando el convite que V. A. se ha dignado hacerme, me desacreditaba en el concepto de los míos; permitame pues V. A. que no acepte, pues en mi lugar hariais lo mismo.

—Sir Melvil, vuestros escrúpulos me parecen algo exagerados; sin embargo, toman su origen en un principio muy noble, y temeria yo

ser importuno insistiendo en mi proposicion. Admitid la sincera expresion del sentimiento que me causa el que no podais aceptarla, y de la verdadera estimacion que tributo á vuestro carácter noble y caballeresco.

El principe le saludó afectuosamente y se alejó.

Entonces llegó Jaime; habia conseguido por fin apoderarse de su rebelde bucéfalo, gracias al auxilio eficaz que le prestara el criado del principe.

—¿Con quien hablabas? le preguntó á Eduardo.

—Con el propietario de ese castillo.

—Se puede alabar de tener una posesion que pudiera muy bien llamarse real.

—Y lo es, Jaime; si nuestra carrera al través de campos y vallados no nos hubiera desorientado un poco, hubiéramos evitado la torpeza de no conocer el dominio del que lleva el título de heredero de la corona de Inglaterra.

—¿Es posible?... Ese joven...

—Era el principe de Gales.

—¿Y te ha dirigido la palabra?

—Ha hecho mas aun; me ha convidado á comer.

—¿Sabiedo quien eres?

—Sebiendo quien soy.

—¿Y has aceptado?

—He rehusado.

—Bien, Melvil, muy bien; ese rasgo de delicadeza hará honor á nuestro partido; es menester que todo Londres le sepa esta noche, y yo me encargo de darle publicidad.

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

(Continuacion.)

II.

RIO CHAGRES.

Mayo de 1842.

Tras nueve dias de navegacion en una goleta vieja, pequeña, pesada, sucia y magüer inglesa no nada confortable, anclamos frente á un misero y enfermizo pueblecillo llamado Chagres, situado sobre un ribazo en la confluencia del mar de las Antillas y del rio llamado de los Lagartos, y tambien Chagres.

Aldea es aquella metida en un hoyo lleno de charcos, y bañada siempre por el rio, circuida además de elevadisimas montañas, y tan sumamente enfermiza, que pocas horas han sido suficientes para dar en el hoyo con muchos viajeros acometidos de fiebres malignas, habiendo empleado infructuosamente los febrifugos reputados por los mas eficaces: dicho punto es conocido por los viandantes con el nombre que se ha hecho proverbial, de Sepultura de europeos; así que, estos, y hasta los mismos americanos lo miran con pánico terror, como los antiguos á los dos escollos de Escila y Caribdis, en Mesina, antes que hubiese un faro en dicho estrecho.

Conténtanse generalmente las gentes que allí van contemplando á Chagres desde bordo, porque hay la proporcion de meterse desde luego si se quiere á emprender la navegacion rio arriba, y con solo desviarse de aquel punto á unas seis millas varia enteramente la temperatura, de mortifera que era, en muy sana. Con todo, en este caso sucedió de otro modo; el pánico terror no alcanzó al señor de P*, ni á Luis su hijo, y hablaron de ir á tierra á escoger y fletar la canoa que mejor les cuadrara: dicho y hecho; aunque con alguna repugnancia por parte de mi madre, que temia por nosotros, saltamos á una piragua pequenísima y á tierra nos fuimos; he dicho nosotros, porque mas fácil hubiese sido que pasara un caiman por el ojo de una aguja, que dejar yo de satisfacer mi curiosidad entrando en el reino de Chagres y visitar sus edificios...

Pero tocante á estos, solo vieron mis ojos una vivienda que tuviese fachada de casa; única que gozaba el privilegio de poseer un tejado construido de tejas; todo lo demás eran chozas habitadas por gentes negras, amarillas, cobrizas; respecto á rubias, solo vi, y no habia mas que un alemán, amo de la casa en cuestion, que era una especie de fondin y depósito de comestibles, en donde los viajeros que iban en direccion á Panamá podian surtir de ellos para la navegacion del rio, pero donde los que venian en direccion á las Antillas tenian que hospedarse por fuerza hasta que asomara por allí de vez en cuando algun buque que fuese á cargar pieles y zapar cuanto antes, porque con solo una semana de estar allí fondeados, habia que enterrar media

tripulación, por las razones arriba espuestas (hoy día no son necesarias esas detenciones, porque hay vapores que van allí periódicamente, sueltan y admiten los pasajeros, y se salvan de ese modo muchas vidas).

Nosotros nos felicitamos de nuestra ocurrencia de ir á visitar á aquel alemán humanitario que sin duda miraba con filosófica indiferencia lo de vivir veinte años mas ó menos, cuando tuvo valor de instalarse allí para siempre; digo que nos felicitamos, porque como tantos otros viajeros habíamos allí llegado, sin tener en cuenta, que si no comprábamos víveres, no comeríamos casi nada en cinco días que iba á durar nuestra navegación en el río, por dos razones: por ser contra una furiosa corriente, y porque durante las noches la navegación era impracticable, habiendo de pasarlas amarrando al tronco de un árbol la canoa; tanto por este aviso que nos dió el bueno del alemán, cuanto porque nos hizo tomar en consideración que en toda la orilla del río no se encontraba ni una sola fonda, sino algunas miserables cabañas indianas y muchos caimanes, lagartos de cinco y diez pies de largo, le dimos algun dinerillo á ganar comprándole todo aquello que él quiso recomendarnos, como pan, galleta, jamon, queso, escabeche, sardinas de Nantes en latas, salchichon, tamarindos y jarabes para los aficionados á refrescar... que tocante á mí, solia atenerme á un vinillo de Madera, que no era de leña; con todo aquello nos metimos dentro de una gran canoa conducida por seis vigorosos indios de formas académicas, pero aun mas sencillamente vestidos que nuestro padre Adam (cuando expulsado del paraíso recurrió á las hojas de parra y otras), de modo que como aquello pasaba de raya; y tanto porque venian mujeres, cuanto porque nosotros mismos no teníamos gran curiosidad que digamos por mirar formas, galantemente le compramos á cada uno un pantalon de lienzo azul listado; nos dieron las mas espresivas gracias, y doblandolos con cuidado, juraron hacer uso de ellos en alguna grande ocasion; á duras penas les hicimos comprender que esta habia llegado; pusieronlos por mandato del patron que no era nada Adam, porque usaba sembrero, jipijapa, camisa, pantalon y zapatos! se titulaba á sí mismo piloto, sin añadir de agua dulce.

Atracó nuestro nuevo vehículo al costado de la goleta, donde mi madre nos aguardaba impaciente, y la recibimos dentro de nuestro remedo de veneciana gondola; después á nuestras demás gentes y nuestros equipajes; acto continuo nos internamos río arriba, perdiendo de vista el mar de las Antillas, para ir en busca de otro Océano llamado el Pacífico, mas allá del istmo llamado de Darien ó de Panamá.

Jamás debí de pasar en silencio el nombre de otro compañero de viaje; pero no es tarde, y voy á remediar esta falta ahora mismo, hablando del secretario de P., llamado D. Juan Pío Montúfar, hoy marqués de Selva-Alegre, jóven apreciable, bello sujeto en toda la acepcion del término: en cuanto nos encontramos en el río le acometió una gran sed (esta aventura, aunque pueril, la refiero por ser la primera que aconteció en el río), tuvo sed, repito, y por consiguiente era cosa de beberse un vaso de agua con jarabe del que compramos en Chagres; se apoderó pues de una botella, y al ir á destaparla con suma confianza, porque al fin no era ninguna botella de cerveza ni champagne, mas sin duda fermentaria con todo, porque como un pistoletazo sonó el tapon, que fué á darle en mitad de las narices, llenándole dulcemente todo el rostro de almibar, haciéndonos reventar de risa á todos, y á él el primero.

Nuestros indios, por entonces, dejando los remos daban impulso á nuestro vehículo con fargas palancas: reinaba un silencio profundo; como por ensalmo vímonos trasportados á otro mundo nuevo, desconocido, poético en sumo grado; ya no vimos nada de lo que teníamos delante, nada de lo que dejado habíamos á nuestras espaldas, nada del firmamento, ni mar, ni buque, ni pueblo, ni monte, porque nos circundaban por do quiera árboles, formando sobre nuestras cabezas una bóveda de espesísimo follaje, sin dejar ni aun penetrar la luz del sol; espesura umbría, fresca, misteriosa, encantadora!...

Cada uno de nosotros recibia sus impresiones á su modo, pero mudos, estasiados, no solo viendo y esperando ver algo mas asombroso aun al concluir aquella arcada natural, sino además oyendo atentamente el concierto armonioso producido por los dulces trinos de todas las aves de la creación que allí moran, de vistosísimos plumajes, de gayos colores, y muchos de nombres vulgarmente desconocidos; y no solo el concierto de las aves se insinuaba en nuestras almas, si que además el producido por la naturaleza entera, por el armónico ruido de los mismos copudos árboles al atravesar por entre su follaje la blanda brisa, por el murmullo del mismo río en su corriente, de ese camino que anda, de esa inmensa serpiente de azul y plata, larga de 24 leguas, y en fin porque allí materialmente cada yerba tiene una nota particular. Oigo á veces los tonos graves del órgano; á poco son otros sonidos mas ligeros que van errantes por esas bóvedas verduzcas. Todo aquel conjunto de sonidos produce ciertamente una formidable

orquestra que llena las selvas; orquesta que para mayor efecto inter-rúmpese á cortos intervalos de silencio, y en ambas orillas; porque en ese punto es muy estrecho el río, se perciben muchos pájaros exóticos que van á posarse sobre una piedra, cual sobre una rama, y pelícanos blancos de patas encarnadas, los que mirándose cual en un espejo dentro del agua, aumentan su número; otra vez y otras mil la música aérea comienza á resonar, y continúa, ora formidable, amenazadora; ora con dulces quejas, y unos murmullos compuestos de otros murmullos mas suaves; todo, todo, en fin, es raudal de armonía.

Estático, reconcentrado permaneci dentro de mí mismo; meditaba!... ¡Oh! meditaciones hermosas!... Secretos é inefables encantos de un alma que goza de sí misma; allí, en los inmensos desiertos de América, es en donde se aprende lo que valeis, exclamaba interiormente, acordándome de un vate ilustre que ya no existe! Ahora mismo, con las reminiscencias gratas de aquel país, de aquel río, de sus temibles márgenes, de la asombrosa vejetación de las selvas vírgenes que descubrimos al terminar la bóveda de hojas, y á la vista de aquellas gigantescas montañas, que cual si fuesen los peldaños de la escalinata del cielo, terminaba en el cielo mismo; no puede menos mi imaginación que de inflamarse, ni mi espíritu que de volar nuevamente á aquellas regiones, y palpar mi corazón con no acostumbrada velocidad.

El primer día se pasó en estas meditaciones, y los restantes, de que pronto volveré á hablar, fueron señalados cada uno por algun suceso notable, para nosotros al menos, que á cada paso presenciábamos cosas que jamás habíamos visto, y que reunían á la novedad el atractivo de la sorpresa.

¡Cuánta razon tuvo quien dijo que viajar es aprender á conocer los hombres y la naturaleza, y que es el único modo de adquirir la ciencia del conjunto de las cosas! Si, los viajes son á la vez el faro que guía á los sabios, y el encanto que atrae á los que desean instruirse. Al fin y al cabo viajeros somos todos en el mundo, y ninguno sabe el día de mañana á qué país se verá precisado á pedir el pan para su familia. Yo ya he significado haber viajado mucho por destino; pero si mi fortuna me permitiese viajar por placer, no estaria contento hasta dar lo menos tres veces la vuelta al mundo; así como así un sabio geógrafo ha calculado que «un hombre que comenzara su peregrinación á los diez y ocho años y la acabara á los sesenta, con solo andar cuatro leguas diarias en su vida, daría siete veces la vuelta á nuestro reducido planeta.» Mas yo á los diez y nueve años ya regresaba de mis viajes: desde entonces no he salido de España: pero volvamos á los diez y ocho, y á colocarnos en el río Chagres, en la república de Nueva-Granada, hermoso país de la meridional América, de treinta leguas de largo sobre treinta de ancho, territorio que en el año 1825 aun pertenecía á la corona de España, como el Perú, etc., que fué perdido en la batalla de Ayacucho, ganada contra los españoles por el general colombiano llamado Sucre.

Nueva-Granada posee minas de oro, de cobre, de plata, muchos caballos silvestres y mulas; hay buenos pastos, muchos granos y frutos: la capital es Santa Fé de Bogotá. Después del río Chagres se encuentra la aldeilla de Cruces, y empieza la expedición de Darien ó de Panamá, istmo que une las dos Américas (de todo hablaré en particular).—El istmo tiene en su punto más ancho cuarenta leguas; pero por donde lo pasaremos nosotros, que será el mas estrecho, siete. Sigue después Panamá, célebre por las hermosas perlas que se cogen en sus playas. ¿Y llegados allí, pregunto yo, nos daremos por satisfechos?—No!—¿Pues dónde bueno?—¿Dónde?—No estará satisfecha nuestra ambición hasta tanto que malgrado de San Agustín y de otros sabios antiguos, no nos hallemos precisamente debajo de esa equinoccial línea, de ese círculo mayor que la tierra describe, de esa línea que atraviesa por todos los países, en donde son iguales con los días las noches: el ECUADOR! en fin.

Cuando el sabio San Agustín escribió, y que otros sabios lo creyeron como artículo de fé, sin hacerse cargo que como hombre era falible; cuando escribió, repito, que no podía haber habitantes en el Ecuador, sin duda pensaria que solo era una la causa física de los climas, á saber: la acción del sol en la atmósfera, sin tener en cuenta que son muchas mas, largas de enumerar, y que después de la citada pueden reducirse á otras ocho principales.

- 1.^a La temperatura particular del globo.
- 2.^a La elevación del terreno sobre el nivel del Océano.
- 3.^a El vertiente general del terreno y sus variaciones locales.
- 4.^a La posición de sus montañas relativamente á los puntos cardinales.
- 5.^a La cercanía de los grandes mares y su situación relativa.
- 6.^a La naturaleza geológica del suelo.
- 7.^a El cultivo de un país y su población.
- 8.^a Los vientos que en él reinan.

La zona tórrida no tiene mas que dos estaciones, la seca y la lluviosa; la primera el verano, la segunda el invierno de esos climas, si

bien estan en oposicion directa con el verano é invierno celestes, porque la lluvia sigue al sol. La zona ecuatorial propiamente dicha es templada, á pesar otra vez de San Agustín y otros antiguos cuyo razonamiento era el siguiente, á saber: que yendo en aumento el calor desde el trópico al Ecuador, el centro de la zona tórrida era inhabitable; mas de entonces acá la experiencia ha demostrado que son muchas las circunstancias que contribuyen á darla una temperatura soportable; sin las ya enumeradas hay las nubes, las grandes lluvias, las noches naturalmente frescas y de duracion igual á la de los días, una fuerte evaporacion, la vasta estension de los mares, la proximidad de unas montañas altísimas cubiertas de nieves eternas, v. g. la cordillera de los Andes, que son causa de que en el valle de Quito reine una eterna primavera.

Nada iguala la belleza del verano en la zona tórrida; el sol levántase horizontalmente, atraviesa en un instante las nubes ardientes de Levante, é inunda la bóveda del cielo con una luz vivísima cuyo resplandor no interrumpe sombra alguna.

La luna asimismo brillá con resplandor menos pálido; los rayos de Venus son mas vivos y mas puros; la via láctea de una claridad centellante, y á esa pompa de los cielos debe añadirse por complemento lo sereno del aire, la calma de las olas, el lujo de la vegetacion, las formas gigantescas de las plantas y de los animales, toda la naturaleza, en fin, mas grande, mas animada, y sin embargo menos inconstante y menos móvil.

Hásememe deslizado la pluma en una digresion geográfica que no habia prometido; bueno será interrumpirla á fin de volver á tomar el hilo de la primeramente interrumpida narracion del río de los Lagartos.

Amarrada la canoa al tronco de un robusto cedro, pasóse perfectamente la noche primera: choza inmediata á aquella orilla no habia; espacioso y capaz por otra parte nuestro barco, tenia á popa una carroza ó toldo á guisa de tartana, construida de cañas, un encerado, y hojas de palmera y de plátano; debajo de ella dormimos, y encima de nuestros colchones los indios haciendo entre si por turnos centinela, vigilaban y guardaban nuestro sueño, que no obstante de ser sin sábanas y con vestidos, fué regalado.

Los misteriosos ruidos de la noche, junto con el murmullo de las ondas, y ayudadas de las vespertinas brisas, mecian suavemente nuestra góndola, y nos proporcionó un sueño mas grato que el mejor lecho.

También fué magnífico y sorprendente el despertar: apenas rayó el alba, que fué saludada la aurora con el estruendoso canto de todas las aves de la creacion; nuestros pulmones respiraron ávidos las auras matutinas; nuestros ojos deleitáronse de nuevo con bellos espectáculos, y nuestros corazones nuevamente se estremecieron de gozo.

(Continuará.)

PEDRO DE PRADO.

LA TARDE EN EL MAR.

BARCAROLA.

Va el sol descendiende
tras de los montes,
y en fuego enciende
los horizontes:
boga, barquero,
corta ligero
las claras ondas del ancho mar:
La fresca brisa
que en torno vuela
con blanda risa
llene tu vela:
boga, que el alma
que está sin calma
quiere en los mares libre gozar.
Al son del agua
que agita el viento
quimera fragua
mi pensamiento,
y en la alegría
mi fantasia
se eleva en alas de la ilusion;
Y en esas nubes
de azul y rosa
con los querubes
sueña gozosa;
y el mar que gime
con voz sublime
calma las penas del corazon.

Tienda su velo
la noche triste
que el ancho cielo
de luto viste;
y en sus estrellas
con luces bellas
soñemos ambos lo porvenir:

Nuestros dolores
adormiremos,
y en sus fulgores
gozar creeremos
la dicha inmensa
que el alma piensa
y el labio apenas puede decir.

ANTONIO ARNAO.

Madrid, junio, 1855.

LA ÚLTIMA HOJA.

EN UN ALBUM.

Hoja, de tantas en pos,
dad á un triste que os escoja;
y comprenderán por vos
que es triste como un adios
la última hoja.

¡Ay! Cuando al chopo aterido
rudo el aguillon despoja
con monótono ruido,
siempre le arranca un gemido
la última hoja.

Pobre de gala y encanto,
tal vez un libro se arroja;
tal vez interesa tanto,
que se humedece de llanto
la última hoja.

Si hojas de fecunda palma
son en placer y en congoja
las ilusiones del alma,
guarda en tempestad y calma,
la última hoja.

E. FLORENTINO SANZ.

A J...

EN UN ALBUM.

Entre los rumores vanos
del mas oscuro café,
donde jóvenes sin fé
cuentan amores livianos,
nada té escribo, que aquí,
aunque es mucha tu belleza,
la mas galante fineza
es no acordarme de tí.

ADELARDO L. DE AYALA.

«Quien calla no dice nada,»
dijo un sabio en amor ducho;
pero es su máxima errada,
porque un alma enamorada
cuando calla, dice mucho!...

FERNANDO OSSORIO.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Deja Colon á España, y planta la bandera de Cristo sobre nuevos mundos, á pesar de los sábios de Salamanca.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.